

Tie-break

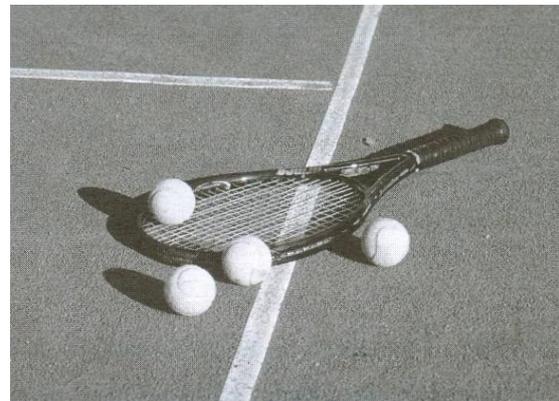
Camilo Herrera Rodríguez

Ya no debe haber más comerciales en la transmisión televisiva: este es el *tie-break*, el desempate, la instancia final que vivirá este partido. Llevo recibiendo, devolviendo y atacando las líneas de esta cancha de piso duro por más de tres horas. Me duelen los huesos, los músculos y mi cerebro no da más: podría desmayarme aquí y no creo que alguien pusiera en duda, por lo intenso de este partido, mi buen estado físico. Los primeros dos *sets* quedaron 6-4 y 6-3 a mi favor, y los otros dos se los llevó él, el Número Uno del mundo, en parciales de 7-6 y 6-4.

Estoy meditando mientras espero el saque de mi rival quien lanza la bola al aire, la impacta con violencia mientras baja y, por suerte, la pelota se detiene en la red. Tengo tiempo de recordar lo que es para mí, un número 16 del mundo, enfrentar al Primer Sembrado: una misión imposible. Sin embargo, lo he dado todo y he forzado un desempate: he alargado el encuentro lo que más se puede.

En este momento, mientras El Único se apresta a servir, una imagen aterradora se apropia de mi mente por casi un segundo: la

cara de mi rival, alzando las manos, sonriente por la victoria. Debo borrar este tipo de distracciones de mi mente. Es prudente evitar esas ideas durante el partido, pensar en otra cosa: ¿será que ella está entre la multitud? La bola en el aire, el impacto que viene de derecha. Yo me anticipo y golpeo fuerte al centro de la cancha, ocasionando que el otro jugador responda con un buen sobrepique. Con todas mis fuerzas, en un movimiento, golpeo de derecha y dejo la bola en la red: un punto para mi adversario.

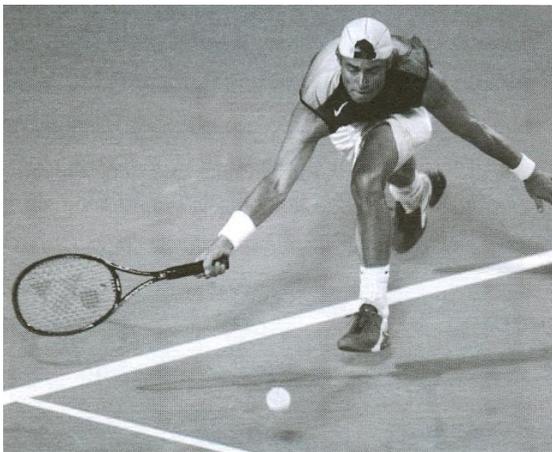


La niña recoge-pelotas me pasa cuatro bolas verdes de las cuales rechazo dos, mientras juego con las dos restantes, pasándolas por las redes de la raqueta. En una mano el mango, en la otra la pelota, con las rodillas flexionadas, tiro la bola hacia arriba a la par que hago un movimiento semicircular con la raqueta para impulsar la esfera y golpear una línea del lado

de la cancha contraria, con el saque abierto para que él no responda eficazmente: 1-1.

Mi primer servicio se va largo: *out*. El segundo se queda en la red: una doble falta que pone en ventaja al Único.

Ahora él tiene dos saques para aumentar el marcador. Tengo que ganar uno de sus dos servicios y forzar lo que más pueda el desenlace. No dejo de pensar que, quizás, desperdiqué una boleta de cortesía en esa



mujer de piel trigueña y ojos verdes que sonrió (sin prometer nada) al recibir mi invitación. Mi rival lanza la pelota e impacta la bola en una esquina imposible de alcanzar por mi raqueta: no logro ni tocarla: 3-1 a favor de El Único. Pido la toalla, pero no la tiro: me seco el sudor que cae como gotas de lluvia. Mi contrario vuelve a sacar con violencia, sólo que esta vez yo devuelvo con la misma velocidad para que un peloteo de revés inicie gracias a él, quien me hace estirar las manos lo más que puedo, dándole yo cierto efecto a la pelota para quitarle velocidad, y respondo. El cambio de disparos se invierte a mi favor

cuando logro golpear de derecha, poniendo a mi rival en dificultades. Me acerco a la red: lo que parecía un voleo fácil, se convierte en el desperdicio de una gran oportunidad al ver la bola rebotar en el entapetado, por fuera de la línea: 4-1.

Observo las tribunas en busca de su presencia (de ella): mi partido parece hechizado por el brillo de su ausencia. Esta vez, con mi saque, golpeo la pelota en la malla, pero ésta pasa hacia el cuadro de servicio de mi oponente, así que tengo otros dos saques. Desperdicio el primero, pero el segundo es alto y abierto. Lo devuelve con esa superioridad característica suya y me hace correr hacia el lado izquierdo de la cancha. Respondo para observar cómo golpea la pelota hacia el lado contrario, intuyendo que voy a llegar corto; da un saltito hacia la malla y minimiza mi respuesta con un toque suave que deja la bola muerta en mi lado de la cancha, mientras yo la observo rebotar a unos cuatro metros.

Estas demostraciones de maestría pueden ser muy frustrantes para un tenista como yo: sé que he jugado a la perfección, pero siempre recordaré los puntos que perdí: los errores no forzados, a pesar de que el anterior golpe de El Único fue certero y ganador. Es el cambio de lado y lo aprovecho para refrescarme y evitar malos pensamientos que puedan dar con tierra mi posibilidad de victoria.

Tengo otro saque: un buen saque me vendría bien. Acto seguido, empujo bruscamente la pelota en el aire y dejo la marca en la esquina izquierda de mi contrario: 5-2. La busco en otras mujeres y no la encuentro. Eso me hace pensar que estoy jugando un partido físico y dos mentales: uno en la cancha, otro en la gradería. Ahora necesito un pequeño quiebre, *mini break* que llaman. Si no lo obtengo, mi rival tendrá un punto para partido con su servicio. El Único saca hacia mi cuerpo y no alcanzo a mover la raqueta correctamente, dejando la bola a mitad de camino entre la malla y yo. La velocidad del saque, según indica el medidor digital, fue de 220 kilómetros por hora: ¡vaya si hubiera dolido de no poner la raqueta!

La situación actual señala que yo estoy a un punto de perder y bastante lejos de ganar. Esta vez voy a abogar a mi devolución: seré lo más brusco y lo menos prevenido que pueda. Siento desilusión por la falta de inspiración en la tribuna.

Así que el saque de mi rival golpea la faja de la red, dejándole la posibilidad de un solo servicio. Sé que este partido lo tengo que ganar yo: él no me lo va a regalar. Su segundo servicio es abierto, pero yo le respondo con un golpe de revés paralelo, que lo deja estático: 6-3.

Para triunfar debo mantener el servicio. Fallo el primero y el segundo es bastante débil. Sin embargo, la devolución de mi rival no es muy

profunda y me permite ejecutar un golpe certero de derecha, acercarme a la red y definirlo con un toque preciso, sin ser muy fuerte.

El Único todavía tiene su punto para partido: debo ser certero. Primer servicio en la red: mala señal. Esto pudo haber sido un gran *comeback*. Me aventuro a servir al medio, en toda la esquina, sin miedo a la fuerza que implicaría una doble falta. Mi golpe sale con una exactitud milimétrica para que mi rival sólo pueda “morder” con la punta de la raqueta la bola: 6-5. Estoy de vuelta. Puedo resucitar, pero no puedo tenerlo todo: casi todos los puntos indican que ella no está.

A pesar de que él puede ganar el partido con su servicio, yo ya he dejado cualquier frustración atrás: siento a los dioses de mi parte. El Único, que ya no parece tan especial, me baja de la nube con un primer saque que, por poco, toca la línea. A seguir, un segundo servicio bastante decente que yo devuelvo con la misma pulcritud. Peloteamos por un rato, jugamos con las líneas. Yo sé que él cree que controla el punto, pero también sé que yo puedo darle una sorpresa. Y lo que hago es tirarle una lenta y precisa dejadita que efectúo suave con la cara de la raqueta, cercana a la malla, lejos de la línea de base que hemos estado tratando de dominar: el cambio de ritmo mata a mi oponente, quien observa la bola rebotar dos, tres veces, estupefacto.

Caminamos para cambiar el lado de la cancha con unos pocos segundos para refrescarnos. Ninguno de los dos bebe nada: parece que la adrenalina es la que nos mueve. Observo de reojo a mi entrenador, comprendiendo, gracias a seis años de una relación basada en la confianza, lo que sus ojos me indican. Me seco el sudor, nuevamente, con la toalla, y espero el servicio: quien gane este punto tendrá punto para partido. Nada garantiza la chica: la chica no es recompensa para ganadores ni consuelo para perdedores.

Mi rival pide cuatro pelotas y devuelve dos. Se mete una en el bolsillo de la pantaloneta y se apresta a servir. Lo hace con violencia, al centro de la cancha: me quito la bola con rapidez, la dejo un poco corta y, lo que parece un tiro fácil para El Único, es un error no forzado que se queda en la malla: 6-7. Estoy adelante y con mi servicio.

Estoy nervioso y, posiblemente, no cerraré el partido. Recojo mis pelotas y me dispongo a servir con violencia: dejo la bola en la malla. Tengo el segundo servicio y me lo voy a jugar como si fuera el primero. Respiro, mientras reboto las bolas en el tapete. Saco, con todas mis fuerzas, y paso la pelota al otro cuadro correctamente. Sin embargo, El Único adivina el lado y responde con un derechazo que me hace trastabillar, pero no lo suficiente, pues alcanzo a poner la raqueta hacia el lado derecho de la cancha, el más alejado para mi oponente. Comenzamos un peloteo de derecha

que se vuelve interminable: yo con mis dudas, él con su majestuosidad. Pero cuando él parece tomar el control del punto con un revés paralelo y se acerca a la malla, yo me defiendo con un globo que lo deja mirando atrás. La gente en silencio, la bola que cae lentamente y el canto de *out* que nunca llega. Levanto las manos y doy un pequeño brinquito: he ganado el partido.

Sacudida de manos con mi oponente y con el árbitro: el resto de los aplausos y reverencias quedan entre el público y yo. Una mirada a mi entrenador me corrobora, debido a su movimiento negativo de cabeza, que ella nunca llegó.

Camilo Herrera Rodríguez estudia actualmente una Licenciatura en educación básica con énfasis en humanidades e inglés en la Universidad Luis Amigó.